

NOTICIA DE LIBROS

PAUL REYNAUD: *S'unir ou périr*. Flammarion, Editeur. Paris, 1951. 300 págs.

La obra del conocido estadista francés Paul Reynaud, cuyo título responde con bastante exactitud al contenido de la misma, además de tratar de temas de actualidad, como son los peligros que amenazan a Europa, presenta el interés de exponer —con la característica claridad expositiva francesa, que en ocasiones encubre curiosamente la poca profundidad del pensamiento— los puntos de vista de su autor respecto a los medios para lograr una unión, fuera de la cual no hay salvación. No decimos, ciertamente, que Paul Reynaud nos brinda en *S'unir ou périr* los medios prácticos de lograrla. Es más: nos aventuramos a opinar que la obra reseñada no contiene ninguna fórmula realmente aplicable, es decir, que pueda ser llevada a la práctica sin exclusiones arbitrarias para simplificar el problema. Esta observación no resta todo mérito a *S'unir ou périr*, que, por el contrario, se nos aparece como una obra interesante y de buena fe, reveladora del estado de espíritu del ala democrática, preferentemente francesa, que no se resigna a que el viejo esquema conceptual de la democracia liberal haya sido rebasado por los acontecimientos.

Intentando abrirse un camino en la confusión de conceptos en que se debate el mundo en la postguerra de una guerra durante la cual Wendell Willkie lanzó un *One world* que hoy se nos aparece una cruel ironía, Paul Reynaud hace un balance rápido, no exento de literatura, de lo que a su juicio vale Europa, de su significación histórica, de su importancia en orden al pensamiento y en los diversos aspectos de la economía (industria, comercio, etc.). Esta literatura, excelente por cierto, a que hemos

aludido, le lleva a trazar un diseño de lo que fué Europa, que, a nuestro juicio, adolece del defecto de ser una Europa casi exclusivamente vista por Francia, desde Francia y sin salir siquiera de Francia, lo cual no deja de ser un serio *handicap* para una síntesis mental de ese conjunto vario y a veces contradictorio que es Europa, siempre y cuando que no se pretenda reducir el Continente a su mínima expresión, o sea a Francia, Inglaterra, las naciones del Benelux, acaso los Países Escandinavos, y, haciendo un sacrificio, dada la premura del caso, a Alemania. Pero esa Europa que diseña Paul Reynaud, «¿es toda Europa?», no puede por menos de preguntarse. Inevitable pregunta al no poder soslayar el hecho Rusia, que el autor de *S'unir ou périr* no elude exactamente, ni tampoco trata de modo tan terminante como para justificar la rápida conclusión de que «en el plano del sentimiento y del pensamiento, Europa es la Europa del Oeste». Ahora bien: ¿cuál es esa auténtica Europa, de la que el estadista francés va a hacer el balance político y económico después de la II Guerra Mundial y que se halla situada entre dos gigantes, Estados Unidos y la Unión Soviética?: «Las democracias del Oeste, cuya división puede provocar, sea el triunfo del primero, sea el del segundo, de estos dos conceptos de vida.» Esta simple referencia, como se advierte, nos muestra el concepto restrictivo de Europa, que domina no sólo el pensamiento personal de Reynaud, sino el del Consejo de Europa y de cuantos políticos y economistas europeos se preocupan en la actualidad de salvar a ese engendro que llaman Europa y que limitan a las naciones cuyo

común denominador es la democracia occidental.

Aunque no aparezcan excesivamente identificadas la democracia occidental y la americana, el hecho es que Paul Reynaud es decididamente pro-americano, tal vez en razón de un rotundo anticomunismo que no ofrece el menor resquicio a la esperanza de «entente con el Occidente europeo y la comunidad atlántica». De aquí que uno de los puntos esenciales de la obra reseñada sea la defensa de una postura lo más alejada posible del neutralismo, llevando su actitud de defensa dispuesta al ataque al apoyo incondicional de un *status quo* moderadamente flexible frente al insoslayable problema colonial. En cuanto a su postura frente a otro hecho no más soslayable, cual es Alemania, haciendo caso omiso de citar los propósitos de Hitler de unir a Europa contra el comunismo, recordando solamente sus fines imperialistas, Paul Reynaud traza rápidamente el cuadro de lo que llama las «dos Alemanias», para llegar a la conclusión, quizás un poco apresurada, de que en ambas Alemanias, la del Oeste y la del Este, el odio a Rusia supera la hostilidad a las democracias occidentales. Alemania, «por tanto, puede contribuir en una cooperación europea». Opina, en efecto, que la resistencia de Francia a la cooperación de Alemania, sobre ser suicida, desemboca en la paradoja de que los jóvenes alemanes asistan, «asomados a su balcón», a los esfuerzos de los franceses para salvar el bien común, es decir, la Europa occidental o democrática. Ahora bien: para evitar el resurgimiento del ejército alemán, de funesta memoria, sin prescindir de Alemania, no existe otra solución que la constitución del Ejército europeo, para el que es condición previa e inexcusable una pronta unión en el plano de la seguridad.

«América y Europa han hecho la guerra dos veces en veinticinco años para escapar ambas al imperialismo alemán. Si la hicieran una vez más, sería para evitar al mundo la hegemonía soviética y la destrucción de la civilización occidental. De este principio de «la unidad de la guerra» se deriva directamente el principio de «la unidad de la defensa». A su vez, este principio de unidad de la defensa debe conducir a la noción nueva de la defensa común de los pueblos libres» (pág. 126). En esta línea de política

internacional, Reynaud sitúa la llamada Política de los Comités (Pacto Atlántico, Acuerdo de los Tres sobre Alemania, Decisión del Consejo Atlántico en Londres), cuyas peligrosas lentitudes subraya y que han conducido el mundo libre a la trampa de Corea. «No hay mal que por bien no venga», parece opinar el estadista francés frente a este difícil problema, puesto que de allí arranca el rearme masivo de Estados Unidos, único medio de mantener la paz y, en caso de guerra, de luchar con ventajas contra un enemigo que, recuerda con numerosas cifras el apoyo del aserto, constituye, con sus satélites, un bloque compacto que permite a una división soviética ir en quince días de Alemania a Extremo Oriente sin abandonar el territorio ruso. La parte de la obra en que Paul Reynaud hace el balance comparado de las fuerzas militares, económicas e industriales de la U. R. S. S. y de los pueblos libres se nos aparece como el aspecto más enjundioso de *S'unir ou périr*, acaso porque, limitándose su autor a operar con realidades concretas, como son las cifras, no le quedan posibilidades para tratar de especulaciones forzosamente influidas por su ideología, mucho más discutible que una cifra.

Siendo lo mejor de la obra sus aspectos matemáticos, no son, por cierto, los más alentadores, sobre todo en el aspecto concretamente militar, si son exactas las cifras relativas al ejército soviético frente al fantasma de ejército europeo. Por ello es indiscutible que el neutralismo europeo no es una garantía, en particular en el caso de un neutralismo desarmado. Desgraciadamente, no aparece como excesivamente eficaz esa política de los Comités, hacia la que Paul Reynaud vuelve sus ojos esperanzados, como lo evidencian acontecimientos acaecidos después de la publicación de *S'unir ou périr*, cual el fracaso de la reunión de la N. A. T. O. celebrada en Roma con vistas a la creación del famoso Ejército europeo propugnado por Francia en 24 de octubre de 1950. Pero la unión deseada, indispensable, no sólo ha de realizarse en el plano militar. Hay que realizarla asimismo en el plano económico. El Plan Schuman es, a este respecto, la piedra angular de una nueva estructuración de la Europa occidental, el primer paso hacia su estructuración política. Entusiasta partidario del Plan Schuman, Paul Reynaud se lamenta de la negativa británica a adherirse a

un proyecto racional de economía política, de cuyos resultados prácticos traza un cuadro convincente. Decididamente, el autor de *S'unir ou périr* no debería apartarse de los problemas en que se opera exclusivamente a base de hechos, cifras e índices de producción, que son realidades concretas. Su obra se debilita en la medida en que la ideología, que es por definición ensambladura de ideas preferentemente abstractas, le impone la fidelidad a un conjunto de conceptos *qui ont fait leur temps*.

Tal se echa de ver en la parte de *S'unir ou périr* donde se trata de la búsqueda de una unidad europea, unidad fragmentaria, puesto que se esfuerza en defender lo que exclusivamente interesa a determinadas naciones de la Europa occidental que pretenden ser Europa, honor que no se discutiría si el resto del Continente, por un milagro geográfico, pudiera, en esta hora peligrosa, asistir a la tragedia asomado al balcón. El camino de esa búsqueda desemboca en el Consejo de Europa, la Asamblea europea, Estrasburgo, y ha sido señalado por el discurso pronunciado en Zurich por Churchill en 1945. Cuantas etapas, esfuerzos e incidencias relata Paul Reynaud tienen en la actualidad un interés casi exclusivamente episódico, en particular después de las recientes declaraciones de Eden, secretario del

Foreign Office del Gobierno Churchill, respecto a la repulsa de la Gran Bretaña a un proyecto de Federación Europea.

Paul Reynaud había previsto esa eventualidad durante el Gobierno laborista, como se desprende del discurso que pronunció ante la Asamblea Nacional el 24 de octubre de 1950, y cuyo texto inserta la obra reseñada, lo cual no impedía que pretendiera seguir adelante en su propósito de crear una Federación Europea. ¿De qué Europa? La base de la misma eran las democracias occidentales. Si la aportación política, económica, industrial y militar de Inglaterra falla, no importa: hay que hacer la Unión «El Rey ha muerto. ¡Viva el Rey!», se decía en Francia bajo el antiguo régimen. Tal vez resulte una irreverencia irónica cuando se trata de cuestiones en que se debate nada menos que el futuro, no ya sólo de la Europa restringida y encanijada de M. Paul Reynaud y del Consejo pomposamente llamado de Europa (de lo que queda de la misma una vez echado el telón de acero y realizada una minuciosa selección del resto), sino de una Europa donde, si hay algo que merece la pena ser defendido, no es, por cierto, la democracia liberal, verdadero templo sin dioses y sólo con sacerdotes.

C. M. E.

LEWIS THOMAS y RICHARD FRYE: *The United States and Turkey and Iran*.—Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1951. 290 págs.

En la serie de volúmenes publicados sobre la política exterior de los Estados Unidos en relación con zonas de importancia vital, no sólo para el propio país americano, sino también para el mundo civilizado, ocupa un lugar destacado el dedicado a tratar el tema de dichas relaciones con dos países del Oriente Medio, Turquía e Irán, a los que los últimos acontecimientos han colocado en el primer plano de la actualidad. La primera es, sin duda alguna, el baluarte más formidable que ha de enfrentarse a las apetencias soviéticas en esta región del mundo, y su ejército, aguerrido y disciplinado, cuenta con material moderno suministrado por los Estados Unidos y destaca sobremedida del de los otros países vecinos. Irán

presenta un fuerte contraste con Turquía en todos los aspectos; su ejército no es, ni con mucho, similar al turco, y el país continúa apegado a sus tradiciones orientales, como remiso a mezclarse con el mundo y las costumbres occidentales. No obstante, su situación estratégica, y sobre todo, su petróleo, hacen que este país haya adquirido en los últimos tiempos una importancia casi decisiva, y de ahí que los Estados Unidos se esfuercen por atraerle a su esfera de influencia, englobándole en el sistema de defensa occidental en el Oriente Medio y apartándole así de la atracción rusa.

Subrayada de este modo la importancia de ambos países, los autores estudian las relaciones americanas con los dos pueblos des-

BIBLIOGRAFÍA

de la época de su iniciación, en 1830 con Turquía y en 1833 con el Irán. En principio, poco o nada se sabe en los Estados Unidos acerca de estos países, un poco misteriosos y legendarios en la mente popular, y los contactos son los establecidos por misioneros que propagan su fe, al par que llenan el territorio de escuelas, sanatorios, instituciones docentes, etc. Puede decirse que hasta pasada la primera guerra mundial estos contactos apenas tienen otra manifestación, y se hace preciso llegar a la segunda contienda, en que la actitud neutral de Turquía y la participación del Irán, bajo la ocupación aliada, hacen que el tema de sus relaciones futuras adquiera resonancia mundial. Sin embargo, han sido la actitud soviética y la escisión del mundo en dos bloques antagonicos e irreconciliables las que han obligado a las potencias occidentales a una política de atracción del Oriente Medio, particularmente a los Estados Unidos, que llevan la dirección en su lucha contra el comunismo. Planteada la cuestión en estos términos, es necesario que tanto Turquía como el Irán entren a formar parte de un sistema de seguridad colectiva que englobaría todos los países comprendidos en esta zona, en la que se llegarían a anular el mando y el armamento para poder estar en condiciones de defensa en caso de ataque por parte rusa. El problema es sumamente complejo, por la diversidad de intereses y por la atracción

que el petróleo de esta región ejerce sobre ambos bandos. Sin embargo, una cosa parece cierta, y es que Turquía está colocada al lado de los occidentales, y en cuanto al Irán, a pesar de las muchas manifestaciones pro comunistas y de la amenaza del Azerbaijan y del partido Tudeh, el país parece inclinado a formar parte de la defensa occidental.

En ambos ensayos, los autores tratan las relaciones de los Estados Unidos con turcos e iranes, haciendo un estudio detallado de la geografía y carácter de sus respectivos habitantes, mostrándonos sus progresos, particularmente en lo que concierne a Turquía, hasta llegar al estado actual de cosas. El fin perseguido por el libro es el de orientar a la opinión pública americana sobre problemas candentes en esta hora crucial del mundo, despertando su interés hacia países que, antaño olvidados o desconocidos, tienen hoy una importancia casi decisiva para su propia defensa. La política exterior norteamericana se caracteriza hoy por un rabioso intervencionismo en todos aquellos países que puedan oponerse al avance comunista, sabiendo muy bien que al defenderlos defiende a su propio país. Dentro de esta línea orientadora y de divulgación, el libro que comentamos cumple a la perfección el fin propuesto.

J. M. L.

JOSEF KORBEL: *Tito's Communism*.—University of Denver Press, United States, 1951. 368 páginas.

El tema yugoslavo ha sido objeto de una constante atención en los últimos tiempos, particularmente a partir de la herejía de Tito y su separación de la Cominform. Las relaciones soviético-yugoslavas han tenido momentos de verdadera tensión, que Tito ha sabido explotar muy bien para sacar el máximo provecho de la ayuda americana y de las potencias occidentales, que ven en él un posible aliado en la lucha contra el enemigo común. De esta suerte, Yugoslavia se ha convertido en una pieza ciertamente importante de la estrategia aliada, procurando atraerla de un modo definitivo. Ahora bien: ¿es sincera la postura de Tito, o se trata

tan sólo de una finta para engañar a los occidentales? La pregunta esta sin contestar aun, y son diversas las opiniones que sobre este punto existen.

Entre la numerosa literatura que abunda en el tema que nos ocupa, destaca el libro de Korbel por su objetividad y porque se trata de una persona que ha convivido algún tiempo con los yugoslavos y conoce a fondo sus problemas. Estuvo en el país durante dos años antes de la última contienda, y tres desde septiembre de 1945 hasta mayo de 1948, en calidad de embajador checo cerca del mariscal Tito. Korbel escribe, pues, con la autoridad de un diplomático de

experiencia, y su libro está lleno de simpatía hacia el país yugoslavo, al que aprendió a amar y que ahora se encuentra bajo una brutal dictadura que coarta por completo su libertad.

En su obra nos muestra el señor Korbél cómo el comunismo de Tito no difiere en absoluto del comunismo de Stalin; ante todo, Tito es comunista, y es el régimen comunista el que impera y apoya a Tito en el país. Por lo tanto, el sistema empleado es similar al de Moscú y al de los restantes países de la misma ideología. La libertad no existe, y todo se supedita al Partido comunista. La prensa, el radio, el cinema, la música, el arte en general, todo está perfectamente controlado por los dirigentes del Politburó yugoslavo, que tienen entre sus manos la vida de la nación. En diversos capítulos se abordan todos estos temas, que aportan luz sobre la realidad yugoslava en los actuales momentos. Particularmente in-

teresantes son los dedicados a tratar el tema de la herejía de Tito, su desviación de Moscú y la reacción de Stalin, con sus repercusiones consiguientes en la política y orientaciones de los demás países del bloque comunista; el de la política exterior yugoslava a partir del Tratado de Versalles hasta nuestros días; el de la política económica seguida por Tito, y, por último, la lucha que el pueblo yugoslavo, oprimido y vejado, sostiene sordamente contra sus tiranos, esperando que un día, no muy lejano, llegue la ansiada intervención occidental, al darse cuenta de los verdaderos designios de Tito y demás dirigentes.

Un libro más que viene a enriquecer la ya de por sí copiosa literatura sobre la materia y que se lee con interés por la sencillez e imparcialidad con que está escrito.

J. M. L.

WILLIAM R. KINTNER: *The Front is everywhere. Militant Communism in action.*—University of Oklahoma Press, Norman, 1951. 274 págs.

El Partido comunista, nos dice el autor del presente libro, es esencialmente militar y no parlamentario en su organización y funcionamiento, radicando su puesto de mando en el Kremlin, de donde parten las consignas que son ciegamente seguidas por los comunistas de todo el mundo. La forma en que actúa, la naturaleza universal de sus fines militares, el fanatismo que sabe inspirar en sus seguidores y la resonancia de sus éxitos son hechos que el mundo civilizado mira con estupor. El Partido comunista no puede ser considerado como un simple partido, sino que la esencia universalista del movimiento comunista radica en la conspiración militar. La teoría comunista de la revolución encuentra sus orígenes en la Revolución francesa, y de ella surgieron las primeras experiencias revolucionarias que habrían de encarnar en Babeuf, Blanqui y Bakunin. Marx y Engels le dieron su expresión clásica, y, por último, Lenin organizó la máquina militar necesaria para llevar a cabo sus fines. «Nosotros —proclamó en cierta ocasión— somos los jacobinos del siglo veinte.»

Si bien sigue el modelo militar, el Partido comunista tiene una organización mucho más compleja que el ejército, puesto que está compuesto por dos unidades distintas: el partido legal, que opera abiertamente, y la estructura mucho más reducida, de tipo ilegal, que es lo que los propios comunistas llaman el Estado Mayor de la revolución. Esta minoría escogida es la encargada de planear la estrategia adecuada en cada momento y dictar las órdenes que han de ser transmitidas y cumplidas por todos los partidos comunistas del mundo entero. Por lo pronto, ya se han adueñado de todos los países de la Europa oriental y de China, acechando el momento propicio para apoderarse de todo el Extremo Oriente.

En los primeros tiempos, algunos comunistas pudieron creer que la conquista del Poder era cosa hacedera sin tener que apelar a la violencia, mas bien pronto Lenin se dió cuenta de que nada se conseguía por este camino y que era necesario acudir al empleo de la fuerza armada. De ahí la constitución de un poderoso ejército rojo,

cuya misión principal consiste en adueñarse del Poder implantando la dictadura del proletariado. Quizás uno de los errores más graves del mundo occidental estriba en no considerar al comunismo en su forma militar, sino como un partido político más. Error que ha conducido a la situación actual, en la que el espectro de la guerra está presente en todas las mentes. El comunismo es esencialmente militar y tiene por fin último la conquista del Poder por la violencia, para lo cual necesita contar con poderosos ejércitos,

formados por gente fanática, decididos a todo con tal de imponer su dominio en el mundo. La estrategia comunista, la propaganda, los fines perseguidos y otras tantas materias de interés son expuestas en el presente libro, que es un estudio sumamente cuidado de lo que el comunismo es y desea. El mundo civilizado debe estar alerta y responder en la misma moneda si no quiere perecer. Tal es la conclusión a que llega su autor.

J. M. L.

ALBERT KONRAD HERLING: *The Soviet Slave Empire*.—Wilfred Funk, Inc. Nueva York, 1951. 229 págs.

Nos presenta el autor en este libro un documentado estudio acerca de las condiciones en que se realiza el trabajo, tanto en la U. R. S. S. como en los países satélites, de todas aquellas personas que no son gratas a los comunistas y cuya vida transcurre en una perpetua esclavitud. Las pruebas aducidas son irrefutables, pues en la mayoría de los casos se trata de copias auténticas de informes y documentos sacados de los propios archivos rusos. Konrad Herling ha podido celebrar entrevistas con numerosos prisioneros que trabajaban en los campos de concentración, y con dichos informes y con los documentos en su poder ha dado a la publicidad el presente libro, que pone bien a las claras la política seguida por la Unión Soviética, que se llama a sí misma defensora de la democracia y de la clase trabajadora. En este aspecto, la obra es altamente valiosa y habrá de servir a modo de revulsivo de todos aquellos que, tanto en los Estados Unidos como en otros países, se sienten inclinados por la propaganda comunista y la esperanza de un mundo mejor bajo su férula.

En la actualidad, millones de personas se hallan bajo la opresión de un sistema de esclavitud que no encuentra paralelo en la Historia universal y que ha tenido sus orígenes en la Rusia soviética. Por ello, y para mejor comprender su génesis, se hace preciso remontarse a los primeros días del régimen comunista. El Partido comunista proclamó en seguida la dictadura del proletariado, añadiendo que el partido bolchevique constituía la vanguardia de la clase trabaja-

dora. Su política económica seguía las orientaciones de Marx, y en lo referente al trabajo humano, se basaba en el punto octavo del programa elaborado por Marx y Engels en el famoso Manifiesto Comunista, y en el que se afirmaba la obligación de trabajar y la creación de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura. El Código del trabajo aprobado en diciembre de 1918 establecía el trabajo obligatorio para todos los ciudadanos, con la fórmula simplista «el que no trabaja no come». Sin embargo, esto no constituye la única base del trabajo forzoso en la U. R. S. S., estrechamente vinculado a la teoría que acerca del crimen y de la criminalidad domina en la Unión Soviética. Según Marx, la naturaleza de la sociedad está determinada por las relaciones de tipo económico existentes en la misma. Si el crimen existe en la sociedad capitalista o feudal, es porque los medios de producción no son poseídos por la clase trabajadora, sino por los capitalistas. En la sociedad socialista no existe el crimen ni la criminalidad. Los prisioneros que llenan sus inmensos campos de concentración son para los comunistas transgresores del orden económico creado, pues la U. R. S. S. ha acabado con la criminalidad y ha abolido el sistema penal al estilo occidental.

De esta suerte pretenden justificar los trabajos forzados de millones de seres que llevan una existencia inhumana en los campos de trabajo, y que, de acuerdo con los principios stajanovistas, sacan adelante los planes

quinquenales a costa de sus propias vidas. El espectáculo de un sistema de trabajo basado en la esclavitud es único en nuestros días, y el libro de Herling es un testimonio irrefutable y abrumador sobre los métodos empleados por la Unión Soviética, que, ocultando sus verdaderos designios, se ha erigido en defensora de la clase trabajadora y pretende atraer a sus filas a millones de personas que, engañados por su propaganda, pueden ser fácil presa para sus siniestros fines.

Es, pues, el libro que comentamos uno

más de la serie publicados en los Estados Unidos y que tienen por fin orientar a la opinión norteamericana sobre los métodos seguidos por los comunistas y el porvenir que aguardaría al mundo libre, caso de caer en sus manos. El autor pone de manifiesto, de modo incontestable, la política económica rusa en los actuales momentos, basada en la esclavitud más espantosa que ha conocido el mundo civilizado, y del que éste puede librarse si actúa con la suficiente energía y oportunidad.

J. M. L.

HUGH SHEARMAN: *Finland. The adventures of a small Power.* «The London Institute of World Affairs». Londres, 1950. 114 páginas .

Dentro de la colección que patrocina el Instituto Londinense de Asuntos mundiales, aparece este pequeño libro sobre este, a la vez, pequeño y gran país que es Finlandia. El autor nos presenta, en forma concisa, la historia del pueblo finés, especialmente desde el punto de vista político-social.

Después de un intento de caracterizar la tierra (inhóspita) y sus habitantes (de orígenes oscuros racialmente). Shearman comienza destacando el influjo de Suecia en la constitución del país, que arranca de la expedición de Erik IX y el Obispo Enrique de Upsala, que evangelizan a Finlandia con la fuerza armada, en 1157, y establecen un importante núcleo de colonizadores suecos, cuya influencia extraordinaria ha llegado hasta nuestros días. Cuando Gustavo I Vasa, introduce la Reforma protestante en Suecia, bajo la forma luterana, ésta se consagra en Finlandia. En 1556, Finlandia fué hecha Gran Ducado, y en el siglo XVII Gustavo Adolfo instituye una Dieta finesa separada, con representantes de los cuatro estados: nobles, clero, burgueses y campesinos.

Pero la dominación sueca va a ser sustituida por la rusa. En 1721, por la Paz de Nystad, Pedro el Grande obtiene las provincias finesas de Kexholm y Karelia, con la fortaleza de Viipuri. La Paz de Turku en 1743, rectifica más aún la frontera ruso-sueca a favor de los Zares. En estos períodos bélicos, el hambre reina en Finlandia. Bajo el reinado de Gustavo III, la constitución política finlandesa fué estabilizada y confirmada

por los Pactos de 1772 y 1789. Pero Finlandia estaba ya dentro de la zona de influencia rusa, y en febrero de 1808 los ejércitos rusos invadieron el Gran Ducado de Finlandia, y la conquista fué reconocida por Suecia con la firma del Tratado de 17 de septiembre de 1808. Desde entonces, Finlandia quedó incorporada al Imperio de los Zares, pero con el *status* de Gran Ducado, con su propia Dieta, que respetó el Zar Alejandro I, estableciendo un régimen constitucional. Entonces la capital fué trasladada desde Turku a Helsinki. Durante casi un siglo, Finlandia vivió en completa paz, salvo el bombardeo británico de Sveaborg durante la guerra de Crimea. Pero bajo Nicolás II, en 1898, el General Bobrikov fué nombrado Gobernador General de Finlandia, y se empeñó en lograr la rusificación del país por métodos violentos. Las protestas de la Dieta y del pueblo finés no fueron escuchadas en San Petersburgo, y la fase de represión frente al nacionalismo finés duró, con altibajos, hasta la Primera Guerra Mundial.

Al estallar la guerra en 1914, las simpatías pro-germanas eran compartidas por la mayor parte del pueblo finés. Una unidad militar integrada por estudiantes finlandeses voluntarios, lucharía al lado de los ejércitos alemanes. Al final del reinado de Nicolás II, con la abdicación del Zar, el Gran Ducado quedó vacante, y el Ministro finés y Secretario de Estado en San Petersburgo, Enckell, propuso a Kerensky el nombramiento como Regente del antiguo Presidente de la Dieta,

BIBLIOGRAFÍA

Svinhufvud. Pero el Gobierno provisional ruso no aceptó las propuestas finesas, y la Dieta de Finlandia, ya en julio de 1917, asumió las funciones de gobierno, excepto las concernientes a política exterior y guerra. Triunfante en Rusia la revolución bolchevique, el 6 de diciembre de 1917 la Dieta proclamó la independencia de Finlandia como Estado soberano. Veinticinco días después, el Gobierno comunista reconoció la independencia de Finlandia, pero no por ello las tropas rusas retiradas de Finlandia, y la lucha se hizo imprescindible. Esta lucha fué una guerra civil, en cuanto que en Finlandia se había formado una Guardia roja, que el 28 de febrero de 1918 se apoderó de Helsinki, con ayuda de fuerzas rusas. Surgió entonces la gran figura del Barón Gustaf Mannerheim, que en 1917 era teniente general de los ejércitos zaristas y había sido comandante del sexto Cuerpo de ejército de caballería rusa en Rumania, y que se encargó del mando de la Guardia blanca finesa contra la roja. En esta guerra civil, Alemania ayudó grandemente a los finlandeses, y un poco más tarde intervino directamente enviando una División al mando del Mayor General Conde von der Goltz. Unidos los finlandeses de la

Al lado de estos acontecimientos políticos que condujeron a la independencia de Finlandia, Shearman examina también los cambios en el aspecto económico del Gran Ducado, especialmente su desarrollo industrial y su formación social: en 1910 la distribución de la población según su ocupación, era: 66,3 %, agricultura; 12,2 %, industria; 2,9 %, transportes; 2,2 %, comercio; 2,4 %, servicios públicos, y 14 %, otras ocupaciones; pone de relieve la importancia de la clase media y de las antiguas familias aristocráticas de origen sueco; resalta la austeridad luterana de los campesinos y el escéptico materialismo científico de las clases educadas, indiferentes ante el cristianismo; e indica, finalmente, la emancipación femenina antes que otro país en Europa, el gran desarrollo de la enseñanza y el potente movimiento cooperativo. En cuanto al régimen político, destaca que dentro del régimen democrático, los gobiernos, desde la independencia hasta 1940, han tenido un progresivo carácter conservador, pero con gran sentido social, y expone asimismo la formación de los partidos políticos finlandeses y sus actividades. La situación electoral ha sido, en las últimas elecciones parlamentarias, la siguiente:

PARTIDOS	1939	1945	1948
Socialdemócrata	85	50	55
Agrario	56	48	56
Liga Democrática (comunista)	0	49	38
Conservador	25	29	32
Fino-sueco	17	15	14
Liberal	6	9	5

Guardia blanca y los alemanes, la Guardia roja y los rusos fueron vencidos.

Se ofreció entonces el Trono de Finlandia al Príncipe Federico Carlos de Hesse, cuñado del Kaiser, que fué elegido por la Dieta. Pero el Monarca electo renunció al ser vencida Alemania, y Finlandia proclamó el régimen republicano. Los jefes rusos blancos que ayudaban Inglaterra y Francia, no aceptaron la idea de una Finlandia independiente. En cambio, los soviéticos reconocerían por el Tratado de Dorpat de 1920 la independencia de Finlandia. En diciembre del mismo año, Finlandia llegó a ser miembro de la Sociedad de Naciones.

Tal vez los capítulos dedicados a la parte histórica, tanto política como social, sean, dentro de su concisión, los mejores de esta obra. En cambio, los tres capítulos finales (págs. 85-108), intitulados, respectivamente: «El ataque ruso», «El contraataque finlandés» y «Después de la lucha», nos parecen algo incompletos y excesivamente sucintos. Acaso esto se deba a que la obra no es primordialmente un estudio de política internacional, sino que ha pretendido ser una historia sintética de Finlandia.

La orientación que ofrece Shearman sobre la política exterior finesa en los tres últimos lustros no es lo bastante correcta, espe-

NOTICIA DE LIBROS

cialmente en algún punto concreto, como en el intento de justificar la declaración de guerra de la Gran Bretaña a Finlandia en diciembre de 1941, demostrando no saber comprender las razones y la posición finesa contra la Unión Soviética en la guerra de 1941, que no fué una guerra agresiva, en alianza con Alemania, contra Rusia, como afirma el

autor siguiendo los términos de la declaración del Gobierno inglés. Mejor es el juicio de Shearman al escribir que el Tratado de Paz de 1947 fué «una cínica violación de los principios aceptados y proclamados por los Aliados», es decir, los de la Carta del Atlántico.

L. G. A.